

MAURICIO

¿Qué será eso?

ANTONINA

Verás. Capítulo primero: muchísimas gracias por las flores. Capítulo segundo: ¿quién me regaló esta pulsera que me ha regalado mi madre?...

MAURICIO

Tu madre.

ANTONINA

¿Y a ella quién la convenció para aceptarla?

MAURICIO

Sabía que era un capricho tuyo y busqué este rodeo. ¿Te enfadaste?...

ANTONINA

Está malísimamente hecho... pero no me enfadé absolutamente nada.

MAURICIO

Gracias.

ANTONINA

Puestos ya bien en claro los dos capítulos anteriores, permitirás que me embrolle un poquito en el tercero.

MAURICIO

Haré como que no lo noto.

ANTONINA

Perfectamente. Si hubieras prometido algo, ¿lo cumplirías? Y si hubieras prometido que sería otro el que hiciese ese algo...

MAURICIO

Aquí está el embrollo.

ANTONINA

¿Muy justificado?

MAURICIO

Bastante. El procedimiento de ofrecer en nombre de otro es de los más socorridos. «Si se salva mi hija será monja descalza...» Descálcese usted y mortifíquese usted cuanto quie-

ra, pero a la pobre chiquilla, ¿por qué se la ha de imponer una vocación que tal vez no sienta?... Y si después se resiste es una hija desobediente e ingrata.

ANTONINA

Ese es mi apuro.

MAURICIO

¿Prometiste, y ahora el pagano se rebela?

ANTONINA

Aún no se lo he dicho.

MAURICIO

Pues díselo.

ANTONINA

Ya voy.

MAURICIO

¿Soy yo el amenazado? Veamos mi condena.

ANTONINA

Cuando estuviste enfermo, hice voto, si te curabas, de que entregarías diez mil pesetas para unas escuelas allá en el pueblo...

MAURICIO

Se entregarán. No porque las escuelas hayan influido mucho en mi curación, sino porque tú lo prometiste...

ANTONINA

Y además...

MAURICIO

¿Además?

Pausa.

Sigue, sigue.

ANTONINA

Prometí que oírías una misa a mi lado.

MAURICIO

De oirla, no te respondo...

ANTONINA

Hereje...

MAURICIO

Por la distancia. Pero de estar a tu lado, sí.

ANTONINA

¿Cuándo?

MAURICIO

Tú dirás.

ANTONINA

¿Mañana? A las diez ven a buscarnos.

MAURICIO

Convenido. Podéis disponer de mi... No sé si es la enfermedad o mi decaimiento de espíritu, pero ya no veo con la misma luz de antes, y por no molestarme luchando me conformo con cuanto me imponen.

ANTONINA

Puede que sea un principio de conversión.

MAURICIO

Aprovechadlo. Llevo tan quebrantada la voluntad, que cualquiera se hará dueño de mí. Me dirán que crea y creeré: me dirán que niegue y estoy dispuesto a negar sólo por no contradecir.

ANTONINA

Es la ocasión de catequizarte.

MAURICIO

Si te entretiene...

ANTONINA

Es algo más... Salvar tu conciencia

MAURICIO

Sálvala, no me opongo. Y si acertaran a curar mis dolores, tampoco me opondría... pero esto ya es más difícil.

ANTONINA

¿Aún eres incrédulo?

MAURICIO

No, no, manda. Creo en ti, Antonina.

ANTONINA

No es preciso mandar ni obedecer.

MAURICIO

Así es más sencillo.

ANTONINA

Basta el propio deseo. Mi obra es obra de amor.

MAURICIO

¿Antonina?

Interrogando ansioso.

ANTONINA

Son las divinas palabras. Conmueven hasta a los pecadores.

MAURICIO

No las interpreté bien.

Friamente.

ANTONINA

Querer y perdonar es toda una religión. ¿Te parece muy penosa?

MAURICIO

Querer y perdonar, ¿a quién?

ANTONINA

A todos.

MAURICIO

¿A los descreídos, a los que se apartan?

ANTONINA

Igual y más. «Que si no amáis sino a los que os aman ¿qué mérito es el vuestro? Porque también los pecadores aman a quien los ama a ellos.»

San Lucas, Capítulo VI, versículo 32.

MAURICIO

¡Qué sabia eres!

ANTONINA

Como quien repite de memoria una lección.

«Amad, no sus errores, no sus faltas, no su mala conducta, pero sí a sus personas deseando vivamente su bien.»

Idem.—Nota 1.^a

MAURICIO

Suena a Evangelio...

ANTONINA

Tú lo has dicho: de San Lucas.

MAURICIO

¿Y lees tú...?

ANTONINA

No. Pero recuerdo algo que he visto en otros libros más al alcance de mi ignorancia.

MAURICIO

¿Y cómo entiendes esas palabras?

ANTONINA

Amar al prójimo como a ti mismo.

MAURICIO

Sí, la doctrina: aplicación de párvulos.

ANTONINA

Es la más inocente... La que sirve después para los viejos y los desengañados.

MAURICIO

Querer a todos no es querer a nadie. Yo he querido muchísimo y siempre me dicen que aún no supe querer.

ANTONINA

Y es verdad.

MAURICIO

Luego no está ahí el secreto.

ANTONINA

Yo deseo el bien de todos...

MAURICIO

¿Y el mío?

ANTONINA

Entre todos, ¿por qué no has de contarte tú?
Parientes, amigos...

MAURICIO

¿Y las amigas también?

ANTONINA

Casi todas.

MAURICIO

Mal predicas.

ANTONINA

Eso ya sería la perfección. Parientes, amigos, casi todas las amigas, desconocidos, buenos, malos...

MAURICIO

Etcétera...

ANTONINA

Etcétera, etcétera...

MAURICIO

¿Y en ese cariño universal, tengo yo un pedacito, algo menos que la punta de una aguja, pero algo?

ANTONINA

Indiscutiblemente. Tres pedacitos pequeñísimos... uno por pariente, otro por amigo y el otro por pecador.

MAURICIO

¿Y no hay alguien que se lleve la parte del león?

ANTONINA

Sí.

MAURICIO

¿Quién?

ANTONINA

El león.

MAURICIO

En pago de lo sumiso que me presté a cumplir tus promesas, tus votos, ¿me dejas confesarte un poco?

ANTONINA

¿Un poco? Bueno.

MAURICIO

¿Tienes novio?

ANTONINA

Eso no es pecado.

MAURICIO

¿Lo tienes?

ANTONINA

¿Y si lo tuviera?

MAURICIO

Respóndeme.

ANTONINA

¿Es curiosidad?

MAURICIO

Es el comienzo de una conversación.

ANTONINA

Seria.

No lo tengo.

MAURICIO

¿Y predilección por alguno?

ANTONINA

Sí.

MAURICIO

¿Quién?

ANTONINA

Los nombres tampoco son pecado. No sirves para confesor.

MAURICIO

Falta de práctica. Eso se adquiere. ¿Y dices que te agrada uno?

ANTONINA

¡Más que otros! lo digo.

MAURICIO

¿Quién es?

ANTONINA

Adivínalo.

MAURICIO

¿Y si yo te suplicase, por lo que más quieras, que me dijese el nombre?

ANTONINA

Demostrarías que no eres merecedor de saberlo... por torpe.

MAURICIO

¡Mira que lo adivino!

ANTONINA

¿A que no?

MAURICIO

¡A que sí!

ANTONINA

A verlo.

MAURICIO

Antonina, es preciso que hable contigo un momento.

ANTONINA

Habla.

MAURICIO

Levantándose:

Esta noche, después de comer...

ANTONINA

No será muy interesante cuando lo aplazas.

MAURICIO

Te engañas. Todo lo que no me importó, lo supe decir pronto. Si balbuceo es porque desconfío; si aplazo es porque temo. Vendré luego... acércate un segundo, entre el bullicio del baile y te diré algo a lo que no necesitas ni responderme.

ANTONINA

¿Ni responderte?

MAURICIO

No estoy tan ciego que no vea tu bondad.... La duda no es por ti, es por mí. Quiero pensar más aún si será leal y honrado en mí ahora que sufro...

ANTONINA

Pero te curarás...

MAURICIO

¿O será villano, será egoísta hacer una pregunta?

ANTONINA

¿Es una pregunta?

MAURICIO

Dime, Antonina; si un hombre supiese que lo aguardan, y un día y otro, y un año, y dos, y tres, fuera dilatando el presentarse porque se divertía más y mejor en otros lados, ¿qué pensarías de él?

ANTONINA

Que se diferenciaba poco de los demás hombres y que no era culpa suya si le atraía más otra diversión cualquiera.

MAURICIO

Y si viéndose un día sujeto por un poder superior a su voluntad, y espantándose del porvenir, llamase a aquella puerta despreciada en lo pasado, ¿no sería justicia si no respondiesen?

ANTONINA

Justicia, sí, lo sería.

Muy seria.

MAURICIO

Marchándose.

Adiós, Antonina.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MARCHÁNDOSE 1925 MONTERREY, MEXICO

ANTONINA

Sonriendo.

Pero si en vez de justicia buscase piedad y cariño...

Pausa. Mauricio se detuvo a escuchar ansioso.

Quizás abriesen más deprisa. Los vencidos tienen derecho a la misericordia.

MAURICIO

Si fuese verdad, en la tierra habría algo que no se puede ver con los ojos.

ANTONINA

Eso lo saben todos, incluso los que lo niegan.

MAURICIO

Gozoso.

Vendré luego, Antonina, vendré a preguntarte...

ANTONINA

Y yo no te contestaré. Tú has dicho que no necesitaba responderte... y por obediencia...

MAURICIO

Quiere hacer un gesto de alegría, como un brinco de hombre contento y lo termina en un gesto doloroso.

¡Qué feliz soy!... ¡Ay!...

Quejándose muy suave.

ANTONINA

¿Qué tienes?

MAURICIO

Que no soy tan feliz como quisiera...

ANTONINA

Lo serás.

MAURICIO

¿Sí?...

ANTONINA

Te lo juro...

MAURICIO

Gozoso.

¡Cielos y tierras! ¡Mortales y dioses! ¿Habéis oído la divina palabra?...

ANTONINA

Sonriendo

¿Volverás?...

MAURICIO

Como jurando

¡Volveré!...

ANTONINA

Adiós, Mauricio...

MAURICIO

Adiós...

Mutis Mauricio por la derecha.

ESCENA VII

ANTONINA

Si yo hubiera querido, pronto me dice esa pregunta que le retozaba en los labios... pero yo misma me complazco en retrasarla. Secretos misteriosos... ¡qué dulces sois, sabiéndolos así, en secreto!...

Queda un momento ensimismada pero sonriente.

ESCENA VIII

ANTONINA, ÁNGELES

Por la derecha.

ÁNGELES

¿Y Mauricio?

ANTONINA

Contenta.

Vino a disculparse con su régimen, pero yo le he convencido de que comer es el pretexto para estar reunidos. Volverá: fué a vestirse.

ÁNGELES

Es una angustia lo que cuentan de ese hombre...

ANTONINA

¿Qué hombre?

ÁNGELES

¿De quién hablamos?

ANTONINA

De Mauricio.

ÁNGELES

Tenemos que reñirle muy severamente. ¿Pero qué importa? No atiende las reflexiones. Y después de aquel aviso de su primer ataque y de cuanto le advirtió el doctor... Sí, sí; buena enmienda: peor que antes.

ANTONINA

¿Lleva mala vida?

ÁNGELES

Una vergüenza... Y es ir contra Dios acabarse la salud así... Y no respetar siquiera nuestra casa.

ANTONINA

Con ansia.

¿Por qué lo dices?

ÁNGELES

No es menester que lo sepas. Se entera uno de cada abominación... ¿Mauricio viene a comer? Di que pongan el cubierto a mi lado.

ANTONINA

Mamá, a tu lado el doctor y Cristóbal, que es de más cumplido.

ÁNGELES

Cristóbal agradecerá ser tu vecino.

ANTONINA

Bien. Entonces a tu derecha el doctor y a tu izquierda Tacedal, Mauricio entre Margot y Amelia.

ÁNGELES

¡Al lado de Margot, no!

ANTONINA

¿Por qué, mamá?

Sería y mirándola fijamente.

ÁNGELES

Por nada. Haz lo que yo te mando.

ANTONINA

Con rabia.

Es tan amena Margot...

ÁNGELES

Tú no entiendes lo que es y lo que no es.

Alejándose.

ANTONINA

Aparte.

(Lo que escucho puede ser que no lo entienda. Esta repulsión, este odio... habla muy claro. Margot es mi enemigo.)

ÁNGELES

Saliendo.

Oye, Antonina, el doctor opina como yo y como todos, en el asunto de Cristóbal. Es muy honrosa para nosotros la elección que hace de ti; y si no tienes reparo personal que ponerle, debías meditarlo. No te obligo a que lo aceptes, ni mucho menos, pero a mí me satisface... ¿Qué piensas tú?

Tocándola.

¿Qué te parece?

ANTONINA

Como si despertara suavemente.

¿De qué, mamá?

ÁNGELES

¿No atendías?

ANTONINA

Sí, sí.

ÁNGELES

Cristóbal es un caballero, trabajador...

ANTONINA

Sí, mamá, muy caballero... muy trabajador...

ÁNGELES

Cariñoso con su madre, será bueno con su mujer. Y ya has de decidirte; los años pasan, yo puedo morir y me atormentaría dejarte sin tener quien velase por ti...

Viendo entrar a Sandoval.

Piénsalo.

Adelanta a saludarlo.

ANTONINA

Sí, Margot es mi enemigo... y el enemigo de Mauricio.

Marcha pensativa hacia la izquierda.

ESCENA IX

DICHAS, SANDOVAL

Por la derecha.

ÁNGELES

Después de saludar a Sandoval.

Antonina... que está Sandoval.

ANTONINA

Vuelve ligera, Sandoval adelantada.

Muchas gracias...

SANDOVAL

Un recuerdo... Mil felicidades, Antonina... Por mí no se detenga usted. Luego charlaremos.

ANTONINA

Si usted lo permite...

Mutis por la izquierda.

ESCENA X

ÁNGELES Y SANDOVAL

ÁNGELES

Disculpándola.

Ella es la que lo arregla todo...

SANDOVAL

Es adorable... Guapa, hacendosa, inteligente, buena... es adorable, mi señora doña Ángeles.

ÁNGELES

Usted, que la juzga amistosamente.

SANDOVAL

He venido unos minutos antes de la hora, por un presentimiento. No sé por qué, pero me imagino que hoy va a ser un día muy señalado para mí...

ÁNGELES

Usted sabrá.

Invitándole a sentarse.

SANDOVAL

Quizás antes de sentarnos a la mesa, quizás después, encuentre ocasión de hablar a Antonina.

ÁNGELES

Seguramente.

SANDOVAL

No es tan fácil. Desde el verano que persigo esa oportunidad sin lograrlo.

ÁNGELES

Ya es antigua.

SANDOVAL

Usted no se incomodará oyéndome.

ÁNGELES

¿Es a mí o a Antonina a quien desea usted hablar?

SANDOVAL

A las dos. Cuando la intención es recta y formal no hay razón para ocultarla.

ÁNGELES

Ninguna.

Aparte y mirando a la puerta.

¿No vendrá alguien?...

Volviéndose sonriente.

¿Y su hermano de usted, continúa en Lisboa?

SANDOVAL

¿En Lisboa? No señora, estaba en Pamplona.

ÁNGELES

En Pamplona, eso es. No tengo memoria... Es una población muy bonita.

SANDOVAL

Mucho.

ÁNGELES

Nosotras estuvimos un año, por las fiestas de San Fermín.

SANDOVAL

Dispéñeme usted que aproveche los segundos; puede venir alguien.

ÁNGELES

Es temprano: no vendrá. (¿No vendrá?)

SANDOVAL

Confío en que no soy para ustedes un extraño ni un advenedizo...

ÁNGELES

Al contrario.

SANDOVAL

Ustedes tratan a mi familia, les consta de qué vivo y cómo vivo...

ÁNGELES

Algún detalle ignoraremos.

SANDOVAL

Sin importancia capital. Y en estas condiciones me atrevo a iniciar una pretensión que constituye todo mi afán.

ÁNGELES

¿Usted acabó la carrera?

SANDOVAL

Soy abogado.

ÁNGELES

¿Hay pleitos?

SANDOVAL

Escasean, pero yo no tengo queja.

ÁNGELES

Nosotras tuvimos uno, a raíz de la muerte de mi marido, interminable, y al fin acabamos transigiendo. ¿Usted se acuerda de aquellos prados que están a la salida de la huerta, en la aldea, junto a la fuente?

SANDOVAL

Resignado.

Sí, señora

ÁNGELES

Pues aquéllos. Nuestro abogado fué... ¿cómo se llamaba? ¡Qué memoria la mía tan desastrosa!

SANDOVAL

Lo mismo da.

ÁNGELES

Iba todas las tardes a vernos... pero yo para nombres...

Pausa.

ÁNGELES

Gutiérrez, Remigio Gutiérrez.

A un tiempo.

SANDOVAL

Perdone usted que...

SANDOVAL

Pausa.

Perdone usted que insista en lo mío.

ÁNGELES

Lo que usted quiera, Sandoval. Tengo mucho gusto en escucharle.

SANDOVAL

Pues verá usted, doña Angeles: alentado por la consideración inmerecida que ustedes me dispensan, me atreví a poner los ojos...

ÁNGELES

Amelia y su hijo... Un momento.

Se apresura a recibirlos.

SANDOVAL

Se queda sin saber dónde he puesto los ojos... aunque sospecho que no tiene mucha curiosidad.

ESCENA XI

DICHOS, AMELIA Y CRISTÓBAL

Por la derecha.

ÁNGELES

¿Qué tal, Amelia?

AMELIA

¿Y tú, Ángeles?